

La figuración del cuerpo como espacio de articulación de la naturaleza y la cultura

Sergio Moyinedo

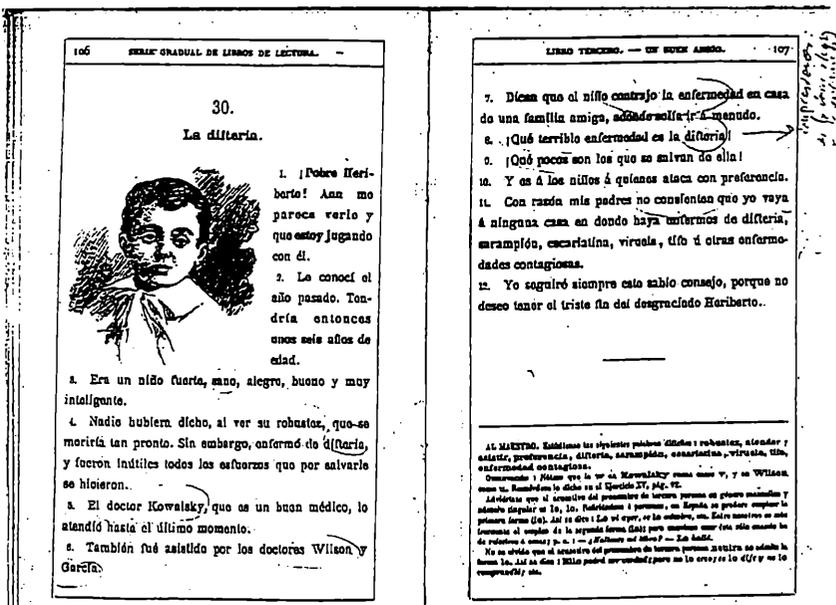
Docente en las cátedras Historia de Las Artes Visuales III e Historia de los Medios y Sistemas de Comunicación Contemporáneos en la Facultad de Bellas Artes, UNLP. Docente en la cátedra Comunicación y cultura en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

Desarrolla tareas de investigación sobre la imagen en los medios de comunicación masiva desde 1993 bajo la dirección del Dr. Oscar Traversa.

Me gustaría hacer algunas observaciones acerca de las imágenes que ilustran dos lecturas de libros escolares usados a principios de siglo en las escuelas argentinas. Elijo estas dos lecturas porque el modo de presencia de la imagen en cada una de ellas se realiza bajo la presión de estrategias enunciativas heterogéneas y, sin duda, es posible describir un desplazamiento de los universos interpretativos esperados en cada caso. Lo que vamos a ver son dos

formas que reviste la presencia del cuerpo de la enfermedad en su ocurrencia mediática; estas presencias modelan la tensión que entre naturaleza y cultura es sostenida por el discurso sanitario escolar.

En la primera lectura (1906), titulada informativamente **La difteria**, podemos distinguir las tres instancias de producción de sentido cuya combinación, siguiendo a Peirce¹, modelará todo acto comunicativo: la producción de sen-



tido bajo la forma de cualidades, hechos y reglas. Segmentando el texto encontramos claramente distribuidas estas instancias; el primer párrafo corresponde a impresiones subjetivas (“¡Pobre Heriberto!, aún me parece verle y que estoy jugando con él.”); el segmento central de la lectura refiere hechos, se construye la instancia de narración de la enfermedad, tratamiento y muerte de Heriberto (breve: el niño contrajo la enfermedad en casa de una familia amiga, fue atendido por los doctores Kowalsky, Wilson y García y, finalmente, falleció); los últimos párrafos se inscriben en el mundo de la legalidad (“...mis padres no consienten que yo vaya a ninguna casa en donde haya enfermos de difteria.”). Pero aún queda algo: el relato del proceso sanitario, normal aunque trágico en este caso, no alude a ninguna etiología de la difteria, su presencia se resuelve en el mundo de las impresiones subjetivas (“¡Qué terrible enfermedad es la difteria!”); esta oclusión de los orígenes y de los síntomas de la enfermedad, aunque no su desenlace, marca la diferencia con el texto siguiente publicado un año más tarde.

Esta vez se trata de Andrecito, el mundo de las impresiones queda en manos de sus padres (“¡Pobres padres!”); el momento narrativo alude a la desaparición, encuentro del niño enfermo (“...haciendo penosas arcadas...”), proceso de curación (“...le daremos una infusión de manzanilla, flor de tilo y hojas de naranjo y le pondremos paños calientes al estómago...”) y restablecimiento final; el mundo de la legalidad se hace presente en la medida en que tenemos en cuenta los efectos de la

lectura previstos por el discurso sanitario escolar: como era de preverse la indigestión de Andrecito se produjo por *no masticar bien*, las reglas sanitarias se hacen presentes “por defecto” (de todas maneras, en un texto complementario el padre se hace cargo del discurso prescriptivo). Esta lectura provee, en contraste con la anterior, una abundante información sobre síntomas -las mencionadas arcadas-, orígenes de la indigestión -mala masticación seguida de ejercicio violento- y métodos de curación -infusiones y purgante.

Dos finales diferentes, pero también dos enfermedades distintas y, creo, dos universos discursivos en colisión. Miremos las imágenes.

La primera imagen representa a Heriberto. Primer plano de un niño que mira por sobre el hombro del espectador. La figura se recorta sobre un fondo de trazos con bordes imprecisos, de alguna manera la imagen del niño “flota” entre los límites del diseño de

la página. Esta imagen refiere un universo de entidades² y la presión del contexto convierte a esta figura en una imagen de recuerdo: se trata de la imagen de Heriberto, el niño muerto por la difteria. La presencia figurativa de la muerte es algo inexistente en la literatura escolar, la imagen de recuerdo se convierte en este caso en la coartada por la cual la muerte se hace presente en la figuración infantil y que se materializa a partir de una figura de sustitución que ocluye su presencia, latente en todo el discurso sanitario escolar.

La segunda imagen responde más claramente que la anterior a una extendida tradición iconográfica: el enfermo en su lecho. Contrariamente al caso anterior, este motivo se extenderá a lo largo de sucesivas décadas de ilustración escolar. Siguiendo la clasificación de Schaeffer, esta imagen refiere estados de hecho, “cosas que ocurren” (Shaeffer, 1990), Andrecito se encuentra en su cama acompañado por sus pa-

una casita blanca, medio escondida entre hermosos árboles y rodeada de verdes sembrados; más allá estaba el campo, lleno de animales pastando libremente, y a un costado de la casita se divisaban las caballas y criaderos de aves y los ranchos de paja y barro de los peones de la estancia.

Un almuerzo criollo, carne al asador y un magnífico puchero, esperaban al patrón y a su familia; y mientras tanto, la peonada vivaqueaba con sabrosos churrascos y mate amargo al alrededor de la hoguera.

Los perros, galos y aves domésticas sueltas se arremolinaban también a ella, olfateando los desperdicios del almuerzo.

No obstante el apelo que el aire puro del viaje les había despertado, Andrecito comió impaciente, mirando a cada rato el peizzo ensillado que lo esperaba rellinchando y plafando cerca de la casa.

Con el último bocanado y limpiándose apenas la boca, saltó del comedor; y sin dar tiempo a su padre para hablarle, montó a caballo y salió al galope, hapihriente, no de comida, sino de aire, luz y espacio.

Sus padres quedaron perplejos, y lo llamaron repetidas veces; pero ya Andrecito estaba lejos y no oyó las voces que le daban.

— * Esta salida precipitada después del al-

nuerzo y el apuro con que ha comido el niño, decía su padre, le pueden hacer mal; hoy ni se ha lavado la boca, como de costumbre lo hace.”



¡ENFERMO!

¡Pobres padres! Están afligidos por la brusca desaparición del niño.

El padre monta a caballo y sale a buscarlo; poco le cuesta darle alcance con el caballo; pero cuando lo encuentra, lo halla al lado del noble peizzo, sosteniendo las riendas y haciendo penosas arcadas: se ha enfermado del estómago; y era de preverse, pues había

Andrecito en su cama - 1907

dres y con una batería de medicinas sobre la mesa de luz. Andrecito no ha muerto, y sabemos que no va a morir; la imagen eterniza un momento del proceso que lleva de la salud a la enfermedad, sólo se trata de un momento en la vida del niño: lo que vemos es la materialización de los desempeños previstos por la prescripción sanitaria, la legalidad soportada por procedimientos corporales, distribuciones espaciales, en fin, por una red de comportamientos destinados al restañamiento de la normalidad sanitaria.

Creo que en lo descrito encontraremos las diferencias entre los "universos de referencia" en los que se inscribe cada imagen: Andrecito pertenece al mundo del relato en que se despliegan síntomas, etiología, procedimientos sanitarios, a partir de los hechos se configuran reglas; en el retrato de Heriberto el mundo narrativo queda abolido, no basta la presión contextual para reubicarlo en la historia, permanece más allá, no es un episodio de la vida de Heriberto, es Heriberto en toda su completud el que se nos brinda en la imagen. Ubicadas en una posición tan cercana en la historia de la ilustración sanitaria escolar, estas dos lecturas parecieran articular un cierto arcaísmo por un lado —el ejemplo extremo de Heriberto juega con la fachada horrenda de la enfermedad y apenas apunta procedimientos sanitarios— y, por otro lado, el desarrollo pleno de la modernidad a partir de la profusión discursiva de los procedimientos sanitarios, de la presencia transparente de los itinerarios de la enfermedad. Las estrategias enunciativas parecen, a la vez, superponerse y desfasarse, ponen en

tensión al discurso sanitario convertido en un área dentro de cuyos límites la salud y la enfermedad juegan sus posiciones construyendo situaciones de recepción relativamente diferentes.

Naturaleza y cultura

El cuerpo se convierte en la liza en donde se juegan las tensiones entre la naturaleza y la cultura. En nuestros ejemplos escolares la irrupción de la muerte introduce la diferencia final entre naturaleza y cultura, señala lo "irreductible del cuerpo" (Le Breton, 1995), lo constituye en la frontera más allá de la cual el sentido es aniquilado.

El cuerpo actuante de la historia de Andrecito sobrevive en el mundo de los signos; la imagen nos construye —a nosotros, los espectadores— según los imperativos del discurso didáctico en donde la dimensión narrativa se torna constitutiva. Somos los espectadores de un mundo en el que se despliegan las estrategias sanitarias, asistimos a la eternización de un momento en la lucha

en la que lo irreductible del cuerpo se debate en medio de la red de procedimientos sanitarios. Aquí, la naturaleza es un constructo que se actualiza en esa presencia del cuerpo atravesado por las prácticas de la medicina: el niño en su lecho, la vigilia de los padres, la administración de los medicamentos son otros tantos desempeños en la lucha contra el destino último que aguarda a ese cuerpo.

La imagen de Heriberto tensa al máximo la situación argumentativa del texto, elude el lugar del relato que quiere asignarle la historia escrita. La imagen no nos muestra al niño en la instancia de los síntomas, tampoco materializa como en el caso anterior el lento proceso del restablecimiento de su salud y, definitivamente, elude el final de la historia que debería mostrarnos el cuerpo muerto del protagonista o, al menos, alguna de las instancias de esa muerte: el entierro, un lugar vacío en la mesa familiar, etc. En cambio, el cuerpo es arrancado a la temporalidad de la narración cuya presión obligaría a mostrar

Notas

1 Intervención de Eliseo Verón en el IV Congreso Nacional de Semiótica. Universidad Nacional de Córdoba, 1995.

2 En cuanto *análogo icónico* la imagen ilustrativa realista puede compararse con la fotografía en esta disparidad de los mundos de referencia, aunque el efecto de lectura sea diferente —el lector, incluso el escolar, conoce la diferencia entre fotografía y dibujo— creo que se justifica la aplicación en nuestro caso de las nociones de entidad y estado de hecho. Estados de hecho: cosas que ocurren; Entidades: cosas dadas, fuera de todo relato. (Schaeffer, 1990:52).

Bibliografía

- KRISTEVA, Julia. "El Cristo muerto de Holbein", en FEHER, M. *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus, 1990.
- LE BRETON, Daniel. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.
- SCHAEFFER, J.- M. *La imagen precaria del dispositivo fotográfico*, Madrid, Cátedra, 1990.

lo inmostrable – lo irreductible del cuerpo- los estados de hecho dejan lugar al universo de las entidades. Por encima de nuestro hombro derecho, la mirada de Heriberto se pierde en el vacío del mundo que habitamos, nos coloca entre él y el mundo, no cuenta ninguna historia –de esto debe hacerse cargo exclusivamente el registro verbal; se nos ofrece en un tiempo absoluto o, mejor dicho, desde un lugar sin tiempo- la imagen de Heriberto no es el desenlace de nada.

La elusión de toda figuración de lo irreductible del cuerpo configura uno de los aspectos de la construcción de la naturaleza en una de las instancias de su producción discursiva: la literatura escolar. En los ejemplos que analizamos encontramos, quizá excepcionalmente, la colisión entre dos mundos semejantes pero en los que el estatuto de las imágenes sugiere un movimiento tectónico, sutil y definitivo, que ubica a estas lecturas en mundos diferentes.

Kristeva cita las palabras de un personaje de Dostoievski que

comenta el “Cristo muerto” de Holbein:

“... si la muerte es algo tan terrible, si las leyes de la naturaleza son tan poderosas, ¿cómo se puede triunfar sobre ellas? ¿Cómo superarlas cuando no se han doblegado siquiera delante de Aquél mismo que en vida había subyugado a la naturaleza...?”

Tomaremos esta descripción de la naturaleza y de su identificación esencial con la muerte. En nuestro segundo ejemplo, el cumplimiento de la disciplina sanitaria logra un aplazamiento provisorio de la aniquilación. En el primero, triunfo de la muerte, la vida de Heriberto es arrastrada por

“una fuerza oscura, insolente y estúpidamente eterna, a la cual todo se remite y que nos domina a pesar nuestro”(Kristeva, 1990:248)

La imagen de Heriberto silencia el triunfo final de la naturaleza sobre la cultura argumentado por el texto, la palabra escolar soporta lo que resulta insoportable para la imagen: la figuración escolar de la muerte.
